

Artes plásticas

POR VANESA FERNÁNDEZ

Después de tres ediciones (92, 94 y 97), inSITE, la exposición de instalaciones en la frontera de Tijuana y San Diego, ha conseguido situarse como uno de los eventos de arte más relevantes en el país. Son muchos los atributos que le han otorgado esta posición destacada y poco común para proyectos de arte contemporáneo fuera de la ciudad de México: la participación de artistas de renombre internacional, la visión puntual de extraordinarios curadores, la posibilidad de exhibir fuera de los museos en forma institucionalizada, una estructura relacionada con el respaldo conceptual y tema, etcétera.

Para este último inSITE 2000, inaugurado la semana pasada, los curadores Osvaldo Sánchez, Ivo Mesquita, Susan Buck-Morss y Sally Yard replantearon el proyecto y ampliaron el concepto de instalaciones concebidas para un sitio específico a eventos, performances, documentaciones e intervenciones en general, permitiendo en esta forma también abordar la noción de frontera desde una nueva perspectiva.

A principios de la década pasada y durante el auge del multiculturalismo, estudiar a fondo las repercusiones culturales que marcan las fronteras geográficas resultó apropiado para el momento. Sin embargo, las discusiones en torno a este tema se han dejado ya atrás en la vanguardia de producción de arte, razón por la cual la manera en que se desarrollaría el evento de este año era crucial para la permanencia de inSITE.

En efecto, hubo algunos artistas que arrastraron intenciones del pasado a nuestra época, por ejemplo, el chileno Alfredo Jaar. Su proyecto era una con-

memoración efímera para aquellos que han fallecido intentando cruzar la frontera entre México y Estados Unidos. Como si la propuesta no fuera suficientemente cursi, su "Nube" de mil globos blancos soltados entre música de Bach y poesía, no provocó solemnidad ni con la ayuda de los atuendos negros ochenteros de todos los ejecutantes de la obra que al cabo de unos minutos estaban grises de polvo desértico.

Sin embargo, este no fue el tono que prevaleció en la muestra. Entre las piezas que se podían visitar en el fin de semana inaugural (habrá otros tres fines de semana "de exploración" en noviembre, enero y febrero con la posibilidad de ver otras obras), hubo magníficas presentaciones, sobresaliendo las de la brasileña Valeska Soares y los mexicanos

Gustavo Artigas y Silvia Gruner.

Soares instaló dos planchas de acero inoxidable pulido como espejo en ambos lados de la barda fronteriza. La forma en que la luz incidía en las placas metálicas en diferentes momentos del día provocaba un reflejo que enmarcaba el paisaje que

rodea a la agresiva barda, o bien, creaba la ilusión de ser una apertura en el muro que separa el Border Field State Park y Playas de Tijuana. La poesía de la pieza, tanto formal como conceptual, se vio acentuada con un texto de *Ciudades Invisibles*, de Italo Calvino, inscrito sobre las placas, el cual alude a la autoconciencia que genera la presencia de un reflejo o un doble que reproduce cada movimiento de una ciudad.

La obra de Gruner exploró la noción de frontera en una forma inesperada; su investigación consistía en estudiar sus propias fronteras internas a través

del psicoanálisis. Gruner se sometió a sesiones con un analista americano y una mexicana que tuvieron lugar en un coche que se desplazaba de San Diego a Tijuana y viceversa. La presentación del documento final estuvo excepcionalmente bien resuelta. En dos muros paralelos se proyectaron fragmentos de los videos de los recorridos de un país al otro; el audio consistía en una edición de las preguntas que los analistas hicieron a la artista, omitiendo las respuestas. Lo fascinante es que sólo a través de las preguntas se perfiló una narrativa clara sobre la artista, su vida y sus barreras, para después convertirse en una estructura genérica de preocupaciones reincidentes sobre la añoranza y el deseo que pudieran aplicarse a cualquier persona o situación.

La mezcla y convivencia de dos culturas tomó otro giro en la obra de Artigas. Este artista no sólo logró involucrar a las comunidades para ser espectadores de su obra o copartícipes en la producción; Artigas también delegó por completo el desarrollo de la pieza y lo dejó en manos de cuatro equipos: dos mexicanos de fútbol soccer y dos estadounidenses de basketbol, quienes jugaron simultáneamente en la misma cancha. Si bien se ha dicho que la mejor forma de conocer la personalidad y cultura de alguien es observando su comportamiento en un juego, en este caso las lecturas eran infinitas. El caos esperado representativo de la condición fronteriza no duró más de dos minutos, la asimilación a compartir un terreno fue inmediata y los dos partidos se llevaron a cabo normalmente. Además de las múltiples implicaciones sociales, formalmente el evento funcionó a la perfección: la altura de los basketbolistas estadounidenses negros y los futbolistas mexicanos, los uniformes, un juego horizontal y el otro vertical, las porras del público, que se confundía sin saber cuál de los dos partidos se encontraba en un clímax, fue conmovedor. ■

